

jetos militares. La existencia de ese ejército desproporcionadamente grande era una anomalía dada la política antibelicosa de Federico Guillermo I; pero de esta anomalía aparente salió uno de los factores fecundos de toda la futura política prusiana y alemana.

Ya se comprenderá que tan numeroso contingente de soldados como el que en Prusia había solo en parte podía sacarse de la población indígena, y aun para esta mantenía en general el principio del servicio voluntario. La ley no daba medio alguno coercitivo para obligar al ingreso en el ejército permanente, así es que para los elementos indígenas el servicio militar se basaba en principio en el reclutamiento con el premio de enganche y la capitulación; pero de hecho este sistema había caído en desuso en Prusia desde los tiempos de Federico I, sustituyéndolo temporalmente, y á modo de prueba, cierta práctica de levas. Esto ofrecía algunos inconvenientes: la repulsion por el servicio militar era mucha y muy general, y para Federico Guillermo pesaba mas que todas las razones el temor de que, extendiendo entre los nacionales el reclutamiento ó la leva, se fomentara la emigración por un lado y se arrebataran demasiadas fuerzas á la agricultura y á la industria por otro. Así es que desde los comienzos de su reinado prohibió todo reclutamiento forzoso dentro de Prusia (1714) y algunos años despues se restableció con mayor fuerza que antes el principio del servicio voluntario (1721).

La consecuencia natural de esto era que los regimientos tuvieron en lo sucesivo que completar sus contingentes por medio de reclutamientos en el extranjero. Ya anteriormente una gran parte del ejército se reclutaba por este medio entonces comun, pero con Federico Guillermo y durante una porcion de años aquella práctica de recurrir á países extraños adquirió extraordinarias proporciones. En esa época fué cuando los oficiales reclutadores prusianos, en número de mil aproximadamente, recorrieron todas las comarcas vecinas á Prusia, llevando su actividad no solo á los territorios del Imperio, sino tambien por un lado á Hungría y Transilvania y por otro hasta las regiones escandinavas. Muy pronto circularon por todo el mundo noticias, verdaderas unas y otras exageradas, de brutales violencias y astutas estratagemas de los reclutadores prusianos, de su caza salvaje de «mozos altos» y de la desdichada suerte que esperaba á las víctimas cogidas. El gobierno de Federico Guillermo hubo de arrostrar numerosos conflictos y de sostener penosas discusiones con las autoridades de los territorios visitados por sus reclutadores y especialmente con las del Imperio, y como no podia menos de suceder, no siempre le era dado á aquel refrenar á los elementos dedicados á tan árduo asunto y algunas veces en Berlin hubo de desaprobarse alguna iniquidad por ellos cometida.

El sistema no podia mantenerse mucho tiempo: fué una tentativa fracasada el querer crear un ejército permanente y numeroso, como el que en Prusia se proyectara, con soldados reclutados en su mayor parte en el extranjero. Los gastos que esto imponía eran desproporcionadamente grandes; el reclutamiento en tierras extrañas resultaba caro, habiendo costado al Estado prusiano hasta 1735 doce millones de thalers, con la circunstancia agravante de que esas sumas iban á parar al extranjero contra todos los principios que en materias económicas profesaba el rey. Por otra parte, estos elementos traídos de fuera merced al dinero, á la violencia ó á la astucia, no ofrecían naturalmente la cohesión que tan indispensable es en el ejército: el servicio era duro, las deserciones en extremo frecuentes y facilitadas por la situación geográfica del país que por todas partes ofrecía próxima una frontera tentadora, y con la desercion de cada granadero

desaparecía un capital de imposición satisfecho al contado. Los choques continuos con las autoridades extranjeras demostraban tambien que el sistema era deficiente.

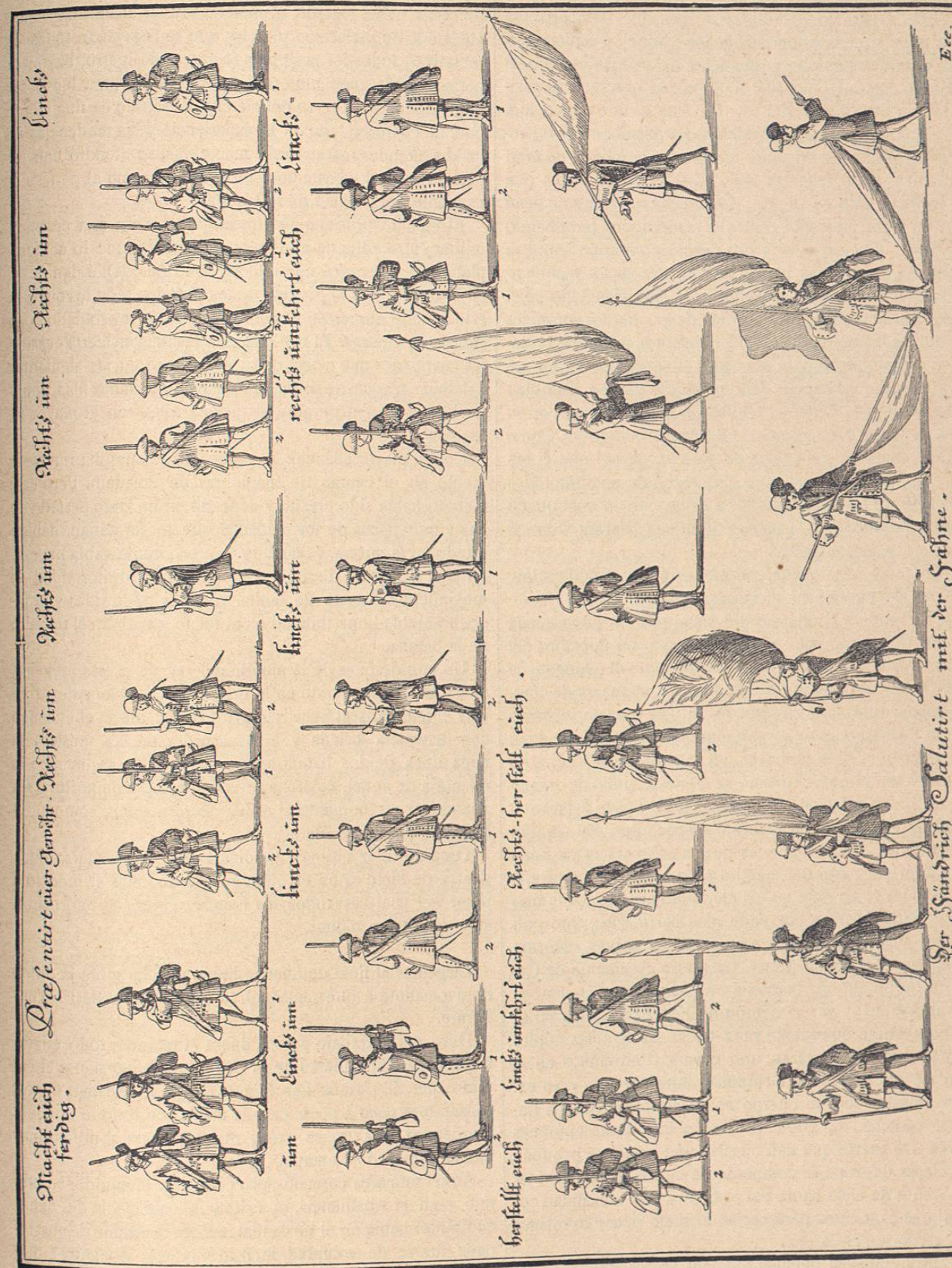
Es un hecho digno de notarse el de que Federico Guillermo, ese rey administrativo absoluto que no retrocedía ante ninguna violencia, no consiguiera hasta en los últimos años de su reinado solucionar con enérgicas medidas de carácter administrativo y arraigadas en el suelo del propio territorio el importante asunto de llenar los cuadros del ejército: así lo logró merced al reglamento de cantones de 1733.

No discutiremos si debe concederse ó no gran importancia á los esbozos del pensamiento del servicio general y obligatorio que se encuentran en el decreto del rey de 15 de setiembre de 1733; en realidad, la nueva ley significaba que nuevamente se llevaban en primer término al servicio militar los elementos nacionales y que respecto de ellos quedaba suprimido el principio de alistamiento y del servicio voluntario y se creaba en su lugar, y en armonía con ciertos principios y reglas ya existentes, un sistema de reclutamiento general y ordenado segun ley. El país fué dividido en distritos militares ó cantones, señalándose á cada regimiento uno de estos para que de él pudiera sacar sus contingentes, en todo ó en parte, pues los alistamientos en el extranjero aun subsistian. Esta division en cantones comprendía por igual á todo el territorio del Estado: los bienes del soberano, los de los estados, los de las ciudades, todos venían sin excepcion incluidos en los nuevos distritos de reclutamiento, convirtiéndose de esta suerte en principio el servicio obligatorio en ley para todo el país.

Pero no alcanzó esta obligacion á todos los estados: la nobleza quedó eximida de ella y, por decirlo así, pagó á consecuencia de la alodificacion de los feudos su contribucion militar con el cánon feudal. Tambien quedaron relevados de ella los hijos de los altos funcionarios y los de los sacerdotes por regla general, los que poseían un capital de 10.000 thalers, algunas clases de obreros, especialmente los que trabajaban en lana en interés de la industria pañera, los obreros inmigrantes, etc. La población rural y la pequeña clase media fueron principalmente las que por el sistema de cantones vinieron obligadas á prestar un servicio regular; pero es innegable que para esos elementos el ingreso en el ejército real significaba libertad y educacion. Los hijos de los labradores, vasallos de hecho del propietario de las tierras y obligados á servirle, al cambiar su condicion por la de soldados del rey se ponían respecto del jefe del Estado y de la mas alta institucion de este en una relacion que realizaba su estado personal, y lo propio sucedía con los jóvenes industriales de las ciudades, y unos y otros al volver del servicio aportaban á la vida de la ciudad y del campo, además del hábito del orden, de la severa disciplina y de algunos otros resultados elementales y útiles de las escuelas de los regimientos, un sentimiento de dignidad mas vigoroso que tenia sus raíces en un primitivo sentimiento del Estado.

Esto no era, sin embargo, mas que el comienzo de una organizacion militar nacional, pues una gran parte del ejército seguía reclutándose en el extranjero y siguió, como es sabido, durante todo el siglo XVIII; pero esa deficiencia se hallaba eficazmente compensada por dos importantes elementos fundamentales de la organizacion militar que entonces se desarrollaron.

El uno fué la tendencia cada vez mas acentuada y pronto exclusiva á poner al rey al frente del ejército: á este fin había venido trabajando, aunque con resultados muy lentos, desde los tiempos del Gran Elector. Así como antes los que ejercían los mandos superiores, es decir, los coroneles al frente de sus regimientos (porque en la organizacion del



Ejercicios militares á principios del siglo XVIII. Facsimile tomado de la obra de Flemming *El perfecto soldado alemán*. Leipzig, 1726



tiempo de paz no existían mayores unidades como brigadas y divisiones), eran a la vez empresarios militares independientes que firmaban sus contratos con el soberano y recibían las cantidades correspondientes para el alistamiento y entretenimiento de las tropas cuyos jefes eran, el sistema de los ejércitos permanentes hacia preciso que desapareciera poco a poco aquella autonomía de los coroneles, cediendo su puesto al poder supremo permanente del jefe del ejército, el rey. En lo sucesivo no fué el coronel el que puso su regimiento a la disposición del rey; fué este el que concedió a aquel el mando y la administración del mismo: en el rey residía el mando supremo sobre todos, y los coroneles no eran estipulantes independientes, sino oficiales del monarca que de él recibían grado y sueldo. Esta nueva relación solo llegó a estar en vigor merced a graduales transiciones, terminando aquel lento proceso con la tan debatida cuestión sobre el derecho de proveer las plazas de oficiales en los regimientos. Hasta entonces este derecho había sido ejercitado en el ejército prusiano como en todos los demás por los coroneles en virtud de las prerrogativas de su jefatura, y cuantas tentativas se habían hecho para conceder al soberano tan importante atribución no habían dado resultado alguno. También en este asunto fué Federico Guillermo el primero que con su energía dictó las disposiciones oportunas y definitivas. Como absoluto general en jefe reclamó para sí, puesto que él era quien nombraba los coroneles, el derecho de nombrar todos los oficiales de categoría inferior a estos, con lo cual quedó en manos del monarca la plena é ilimitada jefatura sobre el ejército en todas sus partes.

Intimamente relacionada con esto está otra modificación: la reforma del cuerpo de oficiales prusianos.

El rey Federico Guillermo dió siempre gran importancia al hecho de ser no solo el soberano, sino un miembro del ejército. Desde 1725 llevaba constantemente el redingote de coronel de su regimiento de Potsdam, y a un mayor de nombre Massow que se portó con él de una manera inconveniente le hizo amonestar severamente haciéndole decir «que debía saber que, si él es mayor, yo soy coronel.» El cuerpo de oficiales, en el que él mismo se encontraba, hubo de organizarse según esta relación, excluyendo poco a poco del mismo a todos los elementos incapaces ó sospechosos. En cambio fué costumbre desde entonces que la aristocracia prusiana entrara a formar parte del ejército y no siempre por propio impulso, pues el servicio en los ejércitos extranjeros era más fácil y lucrativo y tenía por ende más partidarios, sino porque el rey supo, con medios más ó menos suaves, recordar a sus nobles cuál era su deber. La nueva Academia de Cadetes de Berlín fué un plantel a propósito para las generaciones modernas, y ya en tiempo de Federico Guillermo se había conseguido que fueran muy pocas las familias nobles prusianas que no contaran uno ó varios individuos en el cuerpo de oficiales. Los elementos burgueses no eran excluidos de este, pero el cuerpo en su conjunto llevaba impreso el carácter de noble distinción que desde entonces conserva. De suerte que aun cuando una parte no pequeña de las clases de tropa se componía de mercenarios extranjeros, al frente de ellos había por lo menos una oficialidad cuyos mejores elementos pertenecían al suelo pátrio lo mismo en la guerra que en la paz.

No entraremos en detalles técnicos acerca del desenvolvimiento del ejército: sabido es que este con la regularidad automática de sus ejercicios, con su servicio duro y pesado y con la implacabilidad de su disciplina y de sus castigos despertó entre los contemporáneos de Federico Guillermo en unos admiración y en otros repulsión y miedo, y por parte de algunos fué también objeto de burla y menosprecio. Sabido

es también cuánta parte tomó personalmente el rey y con él su experimentado amigo Leopoldo de Dessau en los difíciles trabajos del servicio diario, y cómo los dos regimientos modelos, el del rey en Potsdam y el de Dessau en Halle, eran los elementos de ensayo en los cuales todo cuanto hasta entonces se había logrado en materia militar alcanzaba su mayor grado de perfección y en los que se ensayaban todas las tentativas, todos los progresos (baqueta de hierro, bayoneta perfeccionada, paso uniforme, fuego rápido) para luego ser implantados en el resto del ejército. Y sabido es finalmente que, de conformidad con la experiencia y las tendencias de los dos grandes maestros de maniobras, se atendió con especial solicitud y hasta con cierto exclusivismo al perfeccionamiento del servicio de infantería.

El ejército prusiano se ofrecía, pues, como una creación militar extraordinaria a los ojos del mundo que lo contemplaba con esperanza, con temor y con duda. ¿Qué significará en el futuro para la historia de los Estados y de los pueblos este ejército numeroso y aguerrido de aquel rey soldado poco ganoso de guerras? El rey Federico resumía en cierta ocasión las cualidades que exigía de su regimiento en las siguientes palabras: «cargar de prisa, colocarse en apretadas filas, apuntar bien, ver bien durante el fuego y todo con el mayor silencio.»

Con el mayor silencio: este precepto se cumplía rigurosamente en el campo de maniobras de Potsdam. Pero este ejército había sido creado y educado en un largo período de paz y muy pocos de los soldados que lo formaban habían estado en la guerra, y teniendo esto en cuenta cabía preguntar si el hábito de disciplina, la seguridad y uniformidad de movimientos a costa de tantos trabajos adquiridos y la inquebrantable impasibilidad en el fuego resistirían el tumulto de la batalla.

Un año después de la muerte del rey tuvo esta pregunta su contestación cuando en la noche de la jornada de Mollwitz el feldmariscal Schwerin hizo avanzar contra el enemigo con bayoneta calada y a los acordes de las músicas la larga línea de los batallones prusianos que, según dice la memoria de aquel, «marcharon con la mayor compostura, sin abandonar un momento el orden de formación, como si estuviesen en una parada.»

Después de la última y prodigiosa prueba de fuerza de la guerra de Siete años, el ejército prusiano fué el modelo a tenor del cual casi todos los Estados europeos reformaron su organización militar.

Llegamos al final de nuestra breve ojeada sobre la difícil obra creadora a que consagró su existencia Federico Guillermo.

Duro era el trabajo y poco dúctil la materia: todo crugió y gimió bajo el esfuerzo de su puño, pero todo siguió el camino que él trazara. Las fuerzas que se le resistían fueron cansándose poco a poco; pero la mano que todo lo imponía y ordenaba, esta no se cansó nunca y hasta el último momento conservó su energía.

Aquel monarca cosechó poco cariño en el mundo: su premio eran la obediencia, el éxito y la conciencia del deber cumplido: había en él un caudal inconmensurable de apasionada fuerza de voluntad, merced a la cual obligaba a que hombres y cosas se le sometieran. De aquí el espanto que por todas partes le acompañaba y que tenía dominados los ánimos. La mayor prueba de su energía fué quizás la de domar al hijo ante quien más tarde había de doblar el mundo su cabeza, y nada más característico para comprender la violenta presión con que el padre dominó el alma del hijo que la narración que Enrique de Catt nos ha dejado en sus me-

morias. En medio de los cuidados de la campaña de la primavera de 1758, casi veinte años después de la muerte de Federico Guillermo refirió el rey a su secretario un sueño que había tenido. Soñó que su padre había entrado en su cuarto acompañado de algunos granaderos y le había hecho atar y conducir a la fortaleza de Magdeburgo «porque el hijo no quería bastante a su padre:» y el vencedor de Rossbach y de Leuthen soñando esto se despertó bañado en sudor (1).

La impresión que nos producen la conducta y los ideales de aquel monarca es brusca, molesta, poco simpática y en cierto modo pobre. Su austera naturaleza espartana no se espació por los vastos campos del saber y del poder, de los placeres nobles, de los conocimientos profundos de los sentimientos delicados, cosas todas que desprecia y rechaza como inútiles ó perjudiciales para la única misión grande que conoce. Alábasele con razón por haber sido el primer príncipe de Europa que en sus universidades de Halle y de Francfort del Oder creó cátedras de ciencias económico-políticas; pero sabido es cuánto desprecio merecieron de él en todos los demás ramos del saber humano los estudios científicos y las universidades. Ciertamente que el tiranizado príncipe heredero, Federico, refiere con aire de triunfo en el último año de la vida del rey que su padre se había convertido a la filosofía y que leía las obras de Wolff, a quien se sentía inclinado a llamar nuevamente a Prusia; pero nos cuesta mucho tomar en serio esta noticia y no pensar, a propósito de los estudios filosóficos de aquel monarca atormentado por la gota y enfermo de muerte, en aquellos elementales ensayos de pintura al óleo, entre los cuales escribe su «*in tormentis pinxit.*» Lo de la filosofía queda en duda: es mucho más importante y está más en armonía con su modo de obrar en general el hecho de que ya en 1717 con su ley de enseñanza y con su enseñanza obligatoria pusiera la piedra fundamental sobre la que había de construirse el edificio de las escuelas populares prusianas.

Aquel hombre de tanta energía dotado sufrió durante muchos años dolorosas enfermedades corporales, que no lograron ni en los últimos años de su vida quebrantar su voluntad. Al sentir próximo su fin hízose trasladar a Potsdam diciendo que quería morir en aquella ciudad de soldados a la que tanto quería, y el día 31 de mayo de 1740 murió no sin antes haber hecho las paces con el hijo a quien durante tantos años no había sabido apreciar cual se merecía. Federico Guillermo al morir no había cumplido aun cincuenta y dos años: su vida fué una existencia consagrada al trabajo y digna de eterna memoria.

(1) Enrique de Catt: *Coloquios con Federico el Grande*, publicados por Koser, pág. 33.

Hemos estudiado un siglo de historia alemana y al final de nuestro trabajo no nos encontramos ya entre los montones de ruinas que los desastres de treinta años produjeron en Alemania. Las ruinas han desaparecido, los gérmenes sembrados han adquirido nueva y robusta vida y se han desarrollado vigorosamente: el pueblo alemán vuelve a vivir después de haber padecido largos sufrimientos; se siente un cierto bienestar aunque de límites modestos, y en muchas comarcas se notaban los latidos de una nueva y creadora vida intelectual.

Solo en la esfera de la comunidad política nacional se advertía la falta absoluta de un pensamiento salvador; solo en ella no se veía un nuevo comienzo lleno de esperanzas para el porvenir. Las petrificadas formas de la antigua constitución imperial no habían sido destruidas ni rejuvenecidas siquiera; se habían abierto algunas brechas en el viejo edificio, pero este estaba todavía en pie. Todas las fuerzas, todas las iniciativas creadoras de la nación se alejaban de aquella institución caduca y se dedicaban a desenvolver los Estados parciales. En esto sí que se trabajó; en esto se evidenció que no había muerto aun la potencia creadora política, que solo estaba debilitada con relación al emperador y al Imperio.

De los grandes Estados territoriales alemanes, Hannover y Sajonia se habían separado, por su unión dinástica con Inglaterra y Polonia, de la natural cohesión de la vida nacional alemana; los Estados por lo menos, ya que no las poblaciones que se mantenían dentro de ella. En Baviera no se habían extinguido las antiguas aspiraciones a fines políticos levantados, pero no podían verlas realizadas sino apelando al auxilio de una potencia extranjera, Francia. Únicamente había en Alemania dos Estados con vida propia: Austria y Prusia, y en el antagonismo entre estas estriba el desenvolvimiento ulterior de la historia alemana.

Enfrente de la monarquía austriaca, debilitada por antiguos gobiernos malos y postrada por desastres recientes, alzabase la joven Prusia de Federico Guillermo henchida de salutíferos gérmenes y en la plenitud de su vigor, pero inactiva: era un gigante de robustos miembros, pero mudo é incapaz de moverse.

¡Cuándo se pronunciará el conjuro que anime aquel cuerpo! ¡Cuándo brotará la chispa que desentumezca sus miembros!

Comienza una nueva era cuyo monumento más grandioso es la correspondencia política de Federico el Grande: leemos las primeras páginas de esta y nos parece oír el roce de un telón que se levanta descubriendo un escenario de proporciones inconmensurables, lleno de figuras que sin cesar se agitan y ofreciendo a nuestros ojos una perspectiva tan inmensa como todo el universo.